

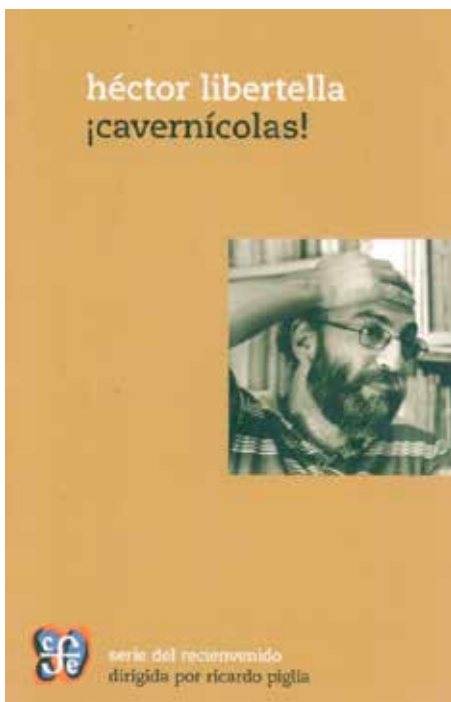
## Para curar la hermesis *¡Cavernícolas!* de Héctor Libertella

Alfonso Macedo



Retrato de Héctor Libertella en la portada de *¡Cavernícolas!*

*¡CAVERNÍCOLAS!* es el décimo volumen de la Serie del Recienvenido de Ricardo Piglia. Se encuentra en la línea humorística heredada por Macedonio Fernández. Sus reflexiones sobre el arte y la escritura pueden ser leídas bajo la definición, ya clásica, de Roland Barthes: el texto como tejido de citas. En ese sentido, el autor, Héctor Libertella, comprende que la obra es una red que se expande, avanza, retrocede y dialoga. También lo sugiere en *La librería argentina* (2003), su repaso de aquellas obras que lee bajo un signo de renovación literaria en el panorama rioplatense:



*¡Cavernícolas!*

Héctor Libertella

Buenos Aires, FCE, 2014

(Serie del Recienvenido), 125 pp.

*Museo de la novela de la Eterna* de Macedonio, *Adán Buenosayres* de Marechal, *El entenado* de Saer, *Minga!* de Di Paola y *La ciudad ausente*, entre otras. Justamente, esta última, novela descrita por Piglia, tiene mucho en común con la noción de texto de Libertella y con el asedio constante a la tradición literaria. Cansado del Congreso de Literatura Internacional que tiene como sede a la universidad donde imparte clases, el autor Libertella se escapa cada vez que puede de los espacios legitimadores y se encierra en su cubículo a repasar las obras de ruptura en el Río de la Plata. Esta operación lo desplaza de los espacios académicos para postular, casi en secreto, sus aficiones.

*¡Cavernícolas!* —cuya primera edición es de 1985— ya había explorado algunas obsesiones del autor, como el concepto de texto, los problemas de interpretación que suscita la obra y las relaciones entre tradición y ruptura. En el prólogo, Piglia lo explica: “En su obra anterior, *Nueva escritura en Latinoamérica*, de 1977, Libertella se refería a los cavernícolas como aquellos escritores [...] que custodian, en las cuevas y tolderías literarias del presente, la remota tradición de lo nuevo”. De este modo, el autor propone tres relatos donde una y otra vez vuelve a los viejos temas con una prosa antisolemne, cargada de frases irónicas —en la más pura tradición que nace con la obra siempre inconclusa de Macedonio—, para explorar con nuevas lupas los caminos trazados.

*¡Cavernícolas!* se compone de tres relatos. En el primero, hay una recreación sobre la expedición de Fernando de Magallanes. El cronista, Antonio de Pigafetta, tiene la misión de contar la hazaña, pero su labor épica se contradice en cada párrafo: todo momento destinado a la exaltación tiene su lado paródico: el escritor, voluntaria e involuntariamente, desmitifica el viaje y lo reduce a un pasaje más de la historia del saqueo de Occidente sobre las Indias y Oriente. De paso, entiende que su relato es una suntuosa tela con la que hará trueque cuando vuelva a Europa: “ocurrióseme allí con gran claridad la idea de adornar con más diligencia mi propia tela, de modo que si éstas seducían por su tramado a nuestros compradores, la mía pudiera exigir con hábil anticipación la demanda de los más finos clientes”.

El problema de la interpretación está presente en los tres relatos; la intención de Pigafetta, en “el arte de la filigrana”, es convencer con su tejido narrativo, más allá de las convenciones del género “crónica de la conquista” y las vilezas conocidas de los europeos metidos en el disfraz civilizador. Por eso, ni Bernal Díaz del Castillo y sus centauros peninsulares se mantienen en pie cuando el narrador evoca un momento de la conquista que en realidad resulta una burla a las hipérboles coloniales: “Cuando desembarcamos para decir misa en tierra [los indígenas] asistieron en silencio y con aire de recogimiento, y viendo que arrojábamos al mar nuestras chalupas, que estaban amarradas al costado del navío, o que le seguían, se imaginaron que eran los hijos del buque y que éste les alimentaba”.

El segundo relato, “La leyenda de Jorge Bonino”, también establece relaciones entre Europa y América bajo la figura del artista cordobés que cimbró Buenos Aires con su *performance* en los años sesenta y que lo llevó, poco tiempo después, a Europa, de donde regresó afásico y con signos de locura. Para Libertella, este artista argentino representa una de las cimas del arte contemporáneo: inventó una lengua privada en la que el lenguaje encontró nuevas rutas. ¡Chito!, el narrador, lo entrevista en Córdoba, lejos ya del éxito que tuvo años atrás, para reconstruir el viaje a Europa. Muy pronto, los lectores asistimos a un vértigo de fechas cruzadas, testigos imposibles y microhistorias absurdas donde aparecen Freud antes del exilio, María Moliner en Londres y Lezama Lima en Madrid. ¡Chito! ha reconstruido una historia donde él mismo aparece, sin que se comprenda si es Bonino quien lo ha insertado en su aventura europea o si es aquél quien ha decidido entrar en la trama. En todo caso, Bonino explica una foto tomada poco antes de volver a Argentina en donde es custodiado por los guardias de un hospital psiquiátrico, por lo que la reconstrucción de su viaje a Europa no es más que la recreación de los pasajes mentales. A su regreso, ha perdido el habla —en su relato, uno de los grandes problemas que señala es el miedo a la afasia y a perder la lengua privada que había inventado y con la que había renovado el arte contemporáneo—. Desde luego, el rescate que Libertella lleva a cabo es un homenaje a la búsqueda de un lenguaje personal que rompió las convenciones lingüísticas y estéticas.

El tercer relato, “Nínive”, se centra en una variante más de los problemas de interpretación, al mismo tiempo que denuncia una variante del colonialismo europeo: las instituciones culturales. Rassam, de origen turco y asirio, es contratado por dos grupos antagónicos de arqueólogos ingleses y franceses para ayudar en la decodificación de las tablillas de la ciudad. Colmo del absurdo, este relato lleva a sus límites el problema de la interpretación. La frase de Sir Rawlinson, eminente explorador británico, es tomada al pie de la letra por ambos bandos: “Aquí, no puede hacerse un sitio al pie”, lo que provocará que varios estudiosos mueran al caer en un pozo mortal. Quien descifre los secretos de los jeroglíficos, tendrá la gloria intelectual asegurada y las obras halladas serán llevadas al Museo Oficial del país vencedor.

Cada día que pasa en la antigua Asiria, se anuncia la batalla final por la comprensión de las tablillas. Ingleses y franceses trabajarán a marchas forzadas por encontrarle sentido a textos e imágenes, hasta que la historia concluye escatológicamente, como una forma satírica más.

A treinta años de su primera edición, *¡Cavernícolas!* mantiene su fuerza renovadora y desautomatizadora, sus juegos de palabras —que exceden en picardía a los neologismos y formas metalingüísticas de Macedonio—, así como sus variantes narrativas, sus intervenciones en el texto con subrayados, acentos, diagramas y distintas disposiciones textuales que hablan de una literatura argentina de gran vitalidad, siempre en diálogo con la tradición y en búsqueda de nuevos caminos estéticos. Que sigan llegando más reciénvenidos. 